

¿Choque, fin u otro Chernobyl?

Jorge Heine

¿Hasta qué punto los atentados del 11 de septiembre contra las Torres Gemelas y el Pentágono constituyen un hito que inaugura una nueva era del sistema internacional? Tomando como punto de partida las tesis de Samuel P. Huntington sobre “el choque de civilizaciones” y de Francis Fukuyama sobre “el fin de la historia”, este artículo examina la validez y pertinencia de cada una de ellas como claves para entender lo ocurrido ese día, concluyendo que el nivel de análisis y la evidencia empírica presentada en la obra de Huntington la hace más útil para estos efectos. El trabajo concluye con una breve consideración del planteamiento de Ulrich Beck sobre el 11 de septiembre como un verdadero “Chernobyl de la globalización” e identifica los cambios que ya se avizoran en el escenario político y económico mundial post-septiembre del 2001.

Nacer para crear, amar y ganar juegos es nacer para vivir en tiempos de paz. Pero la guerra nos enseña a perderlo todo y a ser lo que no éramos. Es todo cuestión de estilo.

Albert Camus

Poca duda cabe de que la imagen de los aviones de American y United Airlines estrellándose en las Torres Gemelas constituirán uno de los íconos gráficos del siglo XXI. Menos obvio es el grado en el cual los atentados en Nueva York y Washington marcan un an-

tes y un después, en términos del sistema internacional, esto es, una línea de separación entre dos períodos radicalmente distintos, con parámetros, coordenadas y patrones muy diferentes el uno del otro.

Para algunos, se trataría de un hito comparable al 28 de junio de 1914, fecha del ase-

sinato del Archiduque Fernando en Sarajevo, que no sólo trajo consigo el inicio de la Primera Guerra Mundial, sino que puso fin a la Belle Époque, esa era de oro del impresionismo y del futurismo, así como de la primera globalización, de muchas décadas de auge ininterrumpido del comercio y las inversiones internacionales (lo que vino después, desde el *gulag* hasta Auschwitz, vendría a ser como de otro planeta). Otro hito sería el del 6 de agosto de 1945, día del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima, que inauguró la era nuclear, en que por vez primera se dio la posibilidad real de que la Humanidad pudiese eliminarse a sí misma (o al menos a gran parte de ella) sólo apretando unos cuantos botones. También está el 9 de noviembre de 1989, día de la caída del Muro de Berlín, comienzo del fin del bloque socialista en Europa central y oriental y emblema por excelencia del término de la guerra fría.

Parecería haber acuerdo en que el 11 de septiembre, aunque ha gatillado una guerra en Asia central y un recrudecimiento del conflicto en el Medio Oriente, no va a conducir a una Tercera Guerra Mundial. Desde luego, no se trató del primer atentado contra las Torres Gemelas por parte de terroristas islámicos (ese tuvo lugar en 1993); tampoco el primero en causar destrucción y muertes masivas en los Estados Unidos (ese ocurrió en Oklahoma en 1996); ni menos el primer atentado contra un avión comercial (que ha habido muchos, de los cuales el más conocido es el llevado a cabo contra el vue-

lo de Pan Am caído en Lockerbie, Escocia, el 21 de diciembre de 1988, causando la muerte de 270 personas).

Según el Departamento de Estado de los Estados Unidos, entre 1995 y 2000, hubo un total de 2100 ataques terroristas internacionales, lo que nos indicaría que el terrorismo ha pasado a ser “el pan nuestro de cada día”. Con todo, los Estados Unidos (ya que no sus bases e instalaciones militares en el resto del mundo) había estado relativamente exento; sólo 15 de estos ataques ocurrieron en ese país, provocando siete muertes¹.

El primer y más importante efecto del 11 de setiembre es el fin del sentimiento de invulnerabilidad de los Estados Unidos.

Es el fin del sentimiento de invulnerabilidad de los Estados Unidos, entonces, el primer y más importante efecto del 11 de septiembre. La mayor potencia militar que el mundo ha conocido fue incapaz de defenderse de la acción de 19 individuos armados con cuchillos de plástico, que transformaron aviones de pasajeros en gigantes misiles, derrumbaron el principal símbolo del capitalismo mundial y atacaron con éxito la sede y emblema del poderío bélico de esta superpotencia, que muchos consideraban el edificio más invulnerable del mundo, causando más de 5 mil muertes y daños por miles de millones de dólares.²

¹ Ver Niall Ferguson, “2011”, *The New York Times Magazine*, 2 de diciembre de 2001.

² El total de daño causado por los atentados el costo de Nueva York se estima en 34 mil millones de dólares, y en Washington en mil millones de dólares; la limpieza y la seguridad del sitio de las Torres Gemelas se estima en 14 mil millones de dólares, y el de la “interrupción de negocios” causado en Nueva York en 21 mil millones. Nada de esto considera las pérdidas sufridas por las líneas aéreas.

El golpe psicológico a los estadounidenses, entonces, ha sido grande, algo que ha sido magnificado y multiplicado por los subsiguientes envíos de ántrax por correo a lo largo y lo ancho del país, con su secuela de muertes y síncosis colectiva. Más allá de los efectos sobre la síquias nacional del país del norte, desde el punto de vista de las relaciones internacionales la pregunta más relevante es el grado en que, las consecuencias del 11 de septiembre van a producir algún tipo de alteración duradera del paisaje del escenario internacional, o si, en la *longue durée*, se va a tratar de un mero “blip” en el mare mágnum del acontecer histórico (digamos, el equivalente al asesinato del Zar Alejandro II en 1881, más que al del Archiduque Fernando en 1914).

Y aquí pareciera importante distinguir entre las causas últimas y los procesos históricos subyacentes, que se van acumulando y superponiendo, hasta finalmente irrumpir con fuerza inusitada y manifestarse en eventos públicos que pasan a ser emblemáticos, y los productos más visibles de esas corrientes subterráneas, que podríamos llamar los epifenómenos. No fue la caída del Muro de Berlín lo que llevó al desaparecimiento del Pacto de Varsovia, del COMECON y de la propia Unión Soviética; fueron procesos anteriores, vinculados a la Tercera Revolución Industrial, esto es, los acelerados cambios en la tecnología informática y telemática, y la consiguiente conformación de la así llamada sociedad de la información, los que hicieron cada vez más insostenible un

modelo de desarrollo económico basado en la planificación central. Este pudo haber dado buenos resultados medidos por los índices de producción de la industria metalmeccánica, pero, en sociedades en que la propiedad privada de algo tan relativamente primitivo como la máquina fotocopiadora estaba prohibida por su carácter “subversivo”, demostró ser absolutamente incapaz de adaptarse a los requerimientos de esta nueva era.

Hay que distinguir entre las causas últimas y los procesos históricos que pasan a ser emblemáticos.

Y es en esos términos que debe canalizarse la reflexión y el análisis sobre el 11 de septiembre³. Más allá del indudable ingenio e imaginación demostrado por Al Qaeda al concebir la utilización de aviones de pasajeros como improvisados misiles, y de la extraordinaria capacidad organizativa y logística demostrada en los dos años que, se calcula, tomó planificar e implementar el atentado más espectacular de la historia, éste no puede ser visto en forma aislada.

Lejos de tratarse de un “acto irracional”, como fue descrito por algunos, los atentados del 11 de septiembre no constituyeron sino la dramática y notable culminación de una estrategia de largo plazo desarrollada por Osama bin Laden y sus seguidores. Una pregunta recurrente en los Esta-

³Para un interesante esfuerzo anterior sobre el tema desde una perspectiva latinoamericana, ver Luis Maira, “La primera guerra del siglo XXI” en una perspectiva histórica, *Primera Línea.cl*, 11 de octubre de 2001.

dos Unidos con posterioridad al 11 de septiembre ha sido “¿Por qué nos odian tanto?”. Y aunque responderla no es irrelevante, la interrogante tiende a distraer del propósito último del operativo.

Desde comienzos de los 90, Al Qaeda ha llevado a cabo una larga serie de atentados contra blancos estadounidenses: las Torres Gemelas en 1993 –en definitiva frustrado–; bases militares de los Estados Unidos en Arabia Saudita en 1996; las embajadas de los Estados Unidos en Kenia y Tanzania en 1998, y el destructor U.S.S. Cole en Yemen, el año 2000, que provocó la muerte de 17 marinos. Para una determinada corriente del fundamentalismo islámico, la presencia de tropas norteamericanas en la “Tierra Santa” de Arabia Saudita, donde se encuentran tanto La Meca como Medina, las ciudades sagradas del Profeta Mahoma, es especialmente ofensiva, y ello es parte de la razón de estos ataques⁴.

Los atentados fueron la culminación de una estrategia de largo plazo desarrollada por Osama bin Laden y sus seguidores.

Sin embargo, es importante entender que, en definitiva, el objetivo último de ellos no es tanto el “Gran Satán” sino llegar a la

opinión pública árabe y demostrar que, a diferencia de la mayoría de los corruptos y dictatoriales gobiernos de esos países, Al Qaeda sí está en condiciones de enfrentar exitosamente a la mayor potencia de Occidente (y del mundo). La reacción de Washington, y el apoyo incondicional que exigiría de los gobiernos árabes, algo que se ha puesto en evidencia en la guerra en Afganistán en octubre y noviembre del 2001, no haría sino “acentuar las contradicciones” entre estos regímenes y sus pueblos, creando las condiciones para un fuerte resurgimiento de movimientos fundamentalistas, la caída de los actuales gobernantes y su eventual reemplazo por un gobierno panárabe, cuya ideología ya se encuentra reflejada en la programación de Al Jazeera, el canal de televisión de cable que cuenta con una gran teleaudiencia en el mundo árabe y que se ha transformado en una especie de vocero no oficial de los planteamientos de Osama bin Laden⁵.

Es en este contexto que ha adquirido especial relevancia la tesis de Samuel P. Huntington sobre el “choque de civilizaciones”⁶. ¿Hasta qué punto su diagnóstico de que la principal fisura del sistema internacional post guerra fría pasaría a estar constituida por las diferencias entre civilizaciones (a su vez, marcadas por sus respectivas religiones) ha encontrado plena confirmación en los acontecimientos del 11 de

⁴ Sobre Osama bin Laden y su organización, ver Peter L. Bergen, *Holy war, Inc: Inside the Secret World of Osama bin Laden*. Nueva York: The Free Press, 2001.

Ver Fouad Ajami, “What the Muslim World is Watching”, *The New York Magazine*, 18 de noviembre de 2001.

⁵ Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Nueva York: Simon and Schuster, 1996.

⁶ Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Avon Books, 1993.

septiembre? ¿En qué sentido la controvertible frase de su libro (que ha vuelto a la lista de bestsellers del *New York Times*, cinco años después de su publicación), según la cual el islam tiene “fronteras sangrientas”, ha demostrado su pertinencia?

Los ataques quisieron demostrar a la opinión pública árabe que Al Qaeda es capaz de enfrentar a la mayor potencia mundial.

Por otra parte, ¿cómo se compara, en este agitado cambio de milenio que se traslapa con uno de era, la tesis huntingtoniana con la de ese otro destacado politólogo estadounidense, Francis Fukuyama, y su atrevida proposición sobre el fin de la historia? ¿Hasta qué punto esa noción ha sido refutada y cuestionada por lo sucedido en estos últimos meses en el escenario internacional?

FUKUYAMA Y EL PROGRESO HISTÓRICO

Lo primero que habría que señalar es que, contra lo que podría pensarse dada la enorme osadía intelectual de plantear algo tan radical como “el fin de la historia”, el trabajo de Fukuyama (quien al publicar su primera versión era un modesto funcionario diplomático de apenas treinta años, en la División de Planificación del Departamento de Estado de los Estados

Unidos), no es expresión de un burdo reduccionismo. Más bien es un ambicioso intento por retomar el análisis de la Historia, así, con mayúsculas, en la tradición de Hegel y de Marx, y de preguntarse, en ese marco, sobre la naturaleza del mundo post-guerra fría.

Debido a que el sentido de su proposición central ha sido tan distorsionado (sobre todo en América Latina, donde ha sido denunciado como un mero agente promotor de los intereses de los Estados Unidos), tal vez sería útil especificar lo que Fukuyama no dice. “Fin de la historia” para él no significa que no vayan a seguir ocurriendo muchos acontecimientos trascendentes, ni que el mundo haya alcanzado una condición de “paz perpetua” kantiana, ni que hayan terminado los conflictos entre grupos –sean estos tribus, clases, naciones o civilizaciones. Lo que sí dice Fukuyama es que el colapso del socialismo real, en Europa central y oriental, refleja que la historia, en el sentido de progreso histórico hacia formas superiores de organización social, las habría encontrado en la democracia y en el capitalismo. Éstos serían los mecanismos que aseguran una mayor libertad y una mayor prosperidad para todos; *en ese sentido y no en otro*, estaríamos ante “el fin de la historia”.

Para Fukuyama el progreso histórico hacia formas superiores de organización social se encontraría en la democracia y el capitalismo.

⁷ Ver Francis Fukuyama, “The West has won: Radical islam can’t beat democracy and capitalism. We’re still at the end of history”. *The Guardian*, 11 de octubre de 2001.

Uno podrá discrepar de este análisis, considerarlo profundamente equivocado y sustituirlo por planteamientos alternativos. Lo que no corresponde es distorsionarlo y hacerlo aparecer como lo que no es. Dicho eso ¿hasta qué punto lo ocurrido el 11 de septiembre desmiente a Fukuyama, ahora ya transformado en distinguido catedrático de economía política internacional en la Universidad de Johns Hopkins en Washington D.C.?

La materialización de exitosos ataques contra la principal potencia de Occidente y sus símbolos de poderío económico y militar por parte de un grupo de fundamentalistas islámicos constituye un hecho históricamente relevante y, tal vez, la mejor demostración del grado de globalización a que hemos llegado en los albores del siglo XXI. Lo que no es claro es que pruebe, de una forma u otra, que la democracia y el capitalismo de mercado no son hoy las formas superiores de organización social.

De hecho, se podría argumentar que la reacción que provocaron los atentados, desde la casi unánime solidaridad con los Estados Unidos y el rechazo a Al Qaeda, pasando por la fructífera ronda de Qatar de la Organización Mundial de Comercio (OMC) —en que se lograron acuerdos y avances preliminares en materia de liberalización comercial que habrían sido impensables a comienzos del 2001— y culminando en la fulminante guerra contra el gobierno talibán en Afganistán, no hicieron sino demostrar la entereza y solidez

de las fuerzas que respaldan a la democracia y a los principios de la economía de mercado en el mundo de hoy.

Pero eso sería ir más allá de lo necesario para nuestros fines. En efecto, lejos de ignorar desafíos como el del 11 de septiembre, en su obra Fukuyama advierte que es en los países islámicos donde se da una mayor resistencia a la modernidad, expresada en la democracia liberal y el capitalismo de mercado.

El éxito de los ataques sería la mejor demostración del actual grado de globalización.

En ese contexto, la pregunta es otra. Como ha dicho el propio Fukuyama en respuesta a sus críticos:

“Hace más sentido preguntarse si el islamismo radical constituye una alternativa seria a la democracia liberal occidental (y el islamismo radical no es atractivo para virtualmente nadie que no sea culturalmente islámico *ab initio*)... El odio anti-americano no se traduce en un programa político viable a ser seguido por las sociedades musulmanas”⁸.

HUNTINGTON Y EL DETERMINISMO CULTURAL

Una cosa es decir que la ambiciosa tesis de Fukuyama no ha sido necesariamente refutada por los acontecimientos del 11 de septiembre y su secuela. Otra muy

⁸ Ver Francis Fukuyama, “The End of History?”, *The National Interest* N° 16 (verano de 1989), pp. 3-18; y, del mismo autor, “A Reply to My Critics”, *The National Interest* N° 18 (invierno de 1989), pp. 21-28.

distinta es plantear que ellos confirmarían sus aseveraciones. Y es allí donde la noción del “choque de civilizaciones” del politólogo de Harvard, Samuel Huntington, adquiere especial vigencia.

Casi tan interesante como su contenido, son los notables paralelos en la forma en que ambas tesis (la del “fin” y la del “choque”) llegaron a materializarse en su actual expresión. Adicionalmente, son pruebas al canto del fructífero modo de producción intelectual vigente en los Estados Unidos y demostración palpable de cómo ese país ha pasado a ser no sólo una superpotencia en lo económico y militar, sino también en el plano de las ideas.

Con tres años de diferencia, ambos libros se gestan en la invitación a dar una charla en una institución ajena al autor: la Universidad de Chicago, en el caso de Fukuyama; el American Enterprise Institute (AEI), en el de Huntington. Esta “chispa” inicial, que impulsa la reflexión original, se traduce en sendos artículos en revistas no estrictamente académicas (si bien muy influyentes), orientadas a decisores y formuladores de políticas públicas: *The National Interest*, en el caso de Fukuyama y *Foreign Affairs*, en el de Huntington.⁹ El impacto y enorme interés que generan estos artículos, a su vez, lleva a la producción de un libro, en que la idea matriz es desarrollada en mucho mayor detalle, transformándose cada uno de ellos en significativos éxitos de venta, lo que, en los Estados Unidos significa cientos de miles de ejemplares en circulación.

Algunos científicos sociales optan por englobar los fenómenos en categorías amplias; otros prefieren crear cada vez más distinciones.

Partiendo de una idea fuerza central muy potente, destinada a caracterizar un nuevo momento histórico y con un título provocativo *in extremis*, tanto el libro de Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (1992) como el de Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (1996) nos interpelan para descifrar los signos de nuestro tiempo. No son, desde luego, independientes el uno del otro. En alguna medida, el de Huntington es la respuesta de un veterano y venerable maestro de la ciencia política a Fukuyama, un joven colega recién iniciándose en las lides de la disciplina, pero cuyo primer libro generó un debate mundial.

Se ha dicho que historiadores y científicos sociales pueden dividirse en “joiners” y “splitters” —esto es, aquéllos que gustan de englobar fenómenos en categorías lo más amplias posibles y los que prefieren hacer análisis cada vez diferenciados, y por ende, ir creando más y más distinciones en sus planteamientos.

En el plano político una conclusión obvia es la necesidad de potenciar los mecanismos de gobernabilidad global.

⁹ Huntington, *op.cit.*, p. 20.

Fukuyama, gran admirador de los filósofos alemanes del siglo XIX, es hegeliano en el alcance de su mirada histórica, que retoma las mejores tradiciones de la teoría política clásica y trabaja con conceptos como “Historia Universal” y “Revolución Liberal Mundial”. Huntington, anclado firmemente en el positivismo y la raíz empírica de la politología estadounidense del siglo XX, prefiere separar a los distintos grupos humanos de acuerdo con sus afiliaciones religiosas y civilizaciones, las que determinarían actitudes y conductas muy diferentes.

¿Qué dice Huntington? Muy brevemente, y a riesgo de caricaturizar un argumento complejo y sofisticado, su planteamiento central es que “la cultura y las identidades culturales, que en su nivel más amplio son identidades civilizacionales, son las que le están dando forma a los patrones de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la post-guerra fría”¹⁰. En ese contexto, estaríamos, por vez primera, en un mundo tanto multipolar como multicivilizacional, en el cual la modernización es distinta de la occidentalización, y en el que no se estaría produciendo ni una civilización universal ni una occidentalización de otras civilizaciones (que serían las de China, Japón, hindú, islámica, ortodoxa, América Latina, y posiblemente África). También se estaría dando un cambio en la balanza de poder, con un aumento del poder de las civilizaciones asiáticas y un declinar relativo de Occidente.

El crecimiento demográfico en los países musulmanes sería una fuente de creciente inestabilidad, y una de las causas de lo que denomina “guerras de fallas”, esto es, conflictos bélicos entre países a distintos costados de la línea divisoria entre el islam y otras civilizaciones (como entre Pakistán y la India, o Palestina e Israel). “La supervivencia de Occidente—señala Huntington—depende de que los Estados Unidos reafirmen su identidad occidental, y que los occidentales acepten su civilización como única, no universal, y se unan para renovarla y conservarla frente a los desafíos de sociedades no-occidentales”¹¹.

En otras palabras, del conflicto este-oeste hemos pasado a los conflictos inter-civilizacionales, de los cuales uno, entre Occidente y la China, aparece como el potencialmente más serio a futuro, y aquél con el islam, como el más severo en el presente.

La validez general de la concepción huntingtoniana parte de la polémica entre multiculturalistas y occidentalistas.

Huntington, con modestia injustificada, señala que el suyo no es un trabajo de ciencias sociales, sino que sólo pretende entregar un paradigma, una cierta manera de enmarcar el estudio de la política mundial en esta nueva etapa. La verdad es que, le-

¹⁰ *Ibid.*, pp. 20-21.

¹¹ Tariq Ali, “Ideología para decisores: ¿Choque de civilizaciones?”, *Primera Línea.cl*, 5 de octubre de 2001. Reproducido de *Le Monde Diplomatique*.

jos de limitarse a ello, la suya es una obra notable en que tanto el desarrollo de su argumento central como la abundante evidencia que entrega para sustentarlo, tienen una solidez y elegancia poco comunes.

No es éste el lugar para examinar la validez general del planteamiento huntingtoniano. En alguna medida, parte de una polémica al interior de los Estados Unidos entre “multiculturalistas” y “occidentalistas”, con Huntington alineándose con los segundos y viendo la principal línea divisoria en el mundo entre Occidente y el resto (“*the West and the rest*”). Pero sí cabe señalar que los capítulos dedicados al islam y las razones por las cuales muestra a los países musulmanes tan sobrerrepresentados en las guerras de hoy, son convincentes. Entre ellas identifica el ya mencionado crecimiento demográfico, que ha llevado a un alto número de jóvenes desempleados, “disponibles” y “en busca de algo que hacer”. Agrega que el resurgimiento islámico ha renovado la confianza de esos pueblos en sí mismos y afirma que la caída del comunismo ha removido un “enemigo común” de Occidente y del islam, dejando a cada uno como amenaza del otro.

La imagen que da la noción de “choque de civilizaciones” es de entidades relativamente monolíticas que se enfrentan en campos de batalla napoleónicos, lo que se ha prestado para fuertes críticas a Huntington por parte de quienes sostienen que, “a lo largo de mil años el islam jamás fue monolítico”¹². Otros han señalado que, en definitiva, las guerras tienen lugar entre Estados, no civilizaciones.¹³

Ambas aseveraciones son ciertas, pero no inciden en el argumento de Huntington. Lejos de presentar un islam uniforme y coherente, éste señala que una de sus características es la ausencia de un Estado central conductor (que sí existe en el caso de la civilización china, japonesa o hindú, por ejemplo), lo que implica que no hay un centro que pueda “disciplinar” al resto de los integrantes del grupo. Por otra parte, señala que toda la evidencia indica que hay más conflictos y violencia en las fronteras (lo que él llama “fallas”) entre Estados y grupos musulmanes con los pertenecientes a los de otras civilizaciones, algo que documenta con lujo de detalles —desde Bosnia hasta Chechenia, pasando por el Sudán y Eritrea, y llegando a Sri Lanka, Cachemira y Filipinas.

La creciente interacción entre musulmanes y cristianos exacerba las contradicciones entre ellos e induce una creciente intolerancia mutua.

Particularmente ilustrativo es su análisis de la evolución de las “guerras de fallas” en estas áreas, y de cómo su dinámica lleva a un creciente fortalecimiento de los sectores más extremos y fundamentalistas y al apoyo a estos sectores de Estados afines de la misma civilización y de la diáspora de nacionales en el extranjero, sobre todo en Europa y los Estados Unidos.

En estos términos, poca duda cabe que lo ocurrido el 11 de septiembre calza en buena medida con la tesis de Huntington, ratifi-

¹²Profesor Alain Joxe, en presentación en Fundación Chile 21, Santiago, 30 de noviembre de 2001.

¹³Huntington, *op. cit.*, capítulo 11, “The Dynamics of Fault Line Wars”, pp. 266-298.

cando también dos factores adicionales que él identifica como causas del creciente “choque” entre Occidente e islam. Por una parte, la pretensión universalista de Occidente, que lo lleva a tratar de imponer sus valores al resto del planeta, a mantener su superioridad económica y militar y a intervenir en los conflictos del mundo musulmán, generando enorme resentimiento (siendo la Guerra del Golfo y el subsiguiente embargo a Iraq, así como el conflicto palestino-israelí los ejemplos más relevantes de ello). Por otra, la creciente interacción entre musulmanes y cristianos provocada por la globalización, la cual, lejos de provocar un acercamiento entre las civilizaciones, exacerba las contradicciones de quienes captan lo diferente que son unos de otros, induciendo una cada vez mayor intolerancia mutua. El que varios de los secuestradores de los aviones del 11 de septiembre hayan sido estudiantes en universidades europeas, no haría sino ratificar esta hipótesis. Su fanatismo y odio hacia Occidente se debería, en parte, a su vivencia cotidiana de la discriminación y el maltrato que los musulmanes sufren en muchos países europeos.

ENTRE CHOQUE Y FIN

Huntington no ha sido el único ni el primero en plantear que las fisuras entre civilizaciones constituyen la gran línea divisoria de nuestro tiempo. Desde una

perspectiva distinta mucho más integradora y humanista, Benjamin Barber en su libro *Jihad versus McWorld* ha subrayado también los conflictos entre el islam y Occidente en esta “segunda modernidad”¹⁴. Los teóricos de la globalización, en general, han enfatizado el grado al cual la contracción del tiempo y del espacio causada por la revolución en la informática y las telecomunicaciones ofrece oportunidades de integración al mercado mundial a los países en vías de desarrollo, pero también cómo puede ser tremendamente excluyente, si esas oportunidades no son aprovechadas o si las condiciones para ello no están dadas.

La revolución de la informática y las telecomunicaciones permite que los países en desarrollo se integren al mercado mundial, pero puede ser tremendamente excluyente.

Es por ello que algunos han señalado que más que diferencias entre civilizaciones, lo que estamos viendo es una creciente fisura entre el Norte y el Sur. La dinámica de exclusión del proceso de globalización que vive el mundo estaría generando una fuerte reacción en contra de ello, con el islam desempeñando el papel de religión de los pobres de la Tierra, y Al

¹⁴ Benjamin Barber, *Jihad vs McWorld*, Nueva York: Ballantine, 2001, 2ª edición (la primera fue publicada en 1993). Ver también su perspectiva sobre lo ocurrido el 11 de septiembre y su impacto en Benjamin Barber, “Ballots versus bullets”, *The Financial Times*, 20-21 de octubre de 2001, así como una extensa entrevista en *The Washington Post*, “Global Thinker: Benjamin Barber’s Ideas on Capitalism and Conflict no Longer Seem So Academic”, 6 de noviembre de 2001

Qaeda constituyendo una suerte de punta de lanza de este movimiento, contra una modernidad que concentra cada vez más la riqueza en unos pocos países del Norte y empobrece sistemáticamente (con algunas contadas excepciones) a los del Sur.

Es desde esta perspectiva que debemos abordar la vigencia y/o validez de las respectivas tesis de Fukuyama y Huntington a la luz del 11 de septiembre. En el caso del primero, cabría señalar que su ambicioso planteamiento respecto del “triumfo” de la democracia y el mercado no ha sido ni confirmado ni desmentido. Tratándose de una tesis desarrollada a nivel de los “ciclos largos” de la historia, mal podría verse cuestionada por un evento puntual, por significativo que sea. Por definición, el que tenga la razón o no, sólo podrá ser establecido tras un lapso de tiempo relativamente largo.

La dinámica de exclusión del proceso de globalización estaría generando una reacción contraria en que el islam desempeña el papel de religión de los pobres.

En lo que a Huntington se refiere, cuyo análisis está mucho más anclado en el aquí y el ahora, pareciera evidente que

ha “puesto el dedo en la llaga”, tanto en cuanto al creciente nivel de contradicciones entre Occidente e islam, como en cuanto a los cada vez mayores niveles de violencia observables dondequiera se tocan países y poblaciones musulmanas con otros que no lo son. Tanto razones de aumento poblacional (“demografía es destino” es una de sus frases preferidas) como de tipo cultural explicarían esto. Baste señalar que mientras la tasa de crecimiento de la población mundial es de 1.85%, en los países musulmanes es generalmente superior al 2%, muchas veces al 2.5% y suele exceder el 3%.

En síntesis, pareciera que para efectos de entender lo ocurrido el 11 de septiembre Huntington nos entrega herramientas conceptuales más útiles –no necesariamente porque Fukuyama esté equivocado, sino porque su obra se encuentra en otro plano de análisis histórico.¹⁵

¿CHERNOBYL DE LA GLOBALIZACIÓN?

Una pregunta distinta es si el 11 de septiembre ha alterado significativamente el rumbo y el mismo paisaje del escenario internacional. Ulrich Beck, el destacado sociólogo y teórico de la globalización ha planteado que constituiría un “Chernobyl” de este proceso y la ideología neoliberal que lo ha acompañado.¹⁶

¹⁵ Sin embargo, para una crítica del análisis de Huntington, ver Osvaldo Sunkel, “Samuel Huntington y Osama bin Laden están equivocados”, Informe # 127, *asuntospublicos.org*, 30 de septiembre de 2001.

¹⁶ Ver Ulrich Beck, “Globalisation’s Chernobyl”, *The Financial Times*, 6 de noviembre de 2001. Para algunos de sus análisis anteriores sobre lo que él ha denominado “la segunda modernidad”, aludiendo al proceso de globalización que hemos visto desde 1980, ver *Risk Society: Towards a New Modernity*. Londres: Sage, 1992.

**El renovado compromiso de las
mayores economías con la
liberalización del comercio apunta a
un esfuerzo por impedir que la
economía mundial sea la peor víctima
del 11 de septiembre .**

Tanto los atentados mismos, reflejando el profundo resentimiento de vastos sectores del mundo árabe e islámico ante un proceso excluyente, que ha llevado a una situación en que el ingreso en los países más ricos es 100 o 150 veces mayor que el de los más pobres (US\$ 25,000 a US\$ 30,000 de ingreso per capita anual versus US\$ 150 a US\$ 200), como los crecientes costos para el comercio dados por las mayores primas de seguros y gastos en seguridad, paralizarían la enorme expansión de la economía que se dio en los 90 (el mayor ciclo expansivo del siglo XX). Los países industrializados se encerrarían en sí mismos y la caída en el turismo mundial y en la demanda de bienes pasarían a ser elementos permanentes del escenario mundial.

Desde luego, algo similar ocurrió en los años veinte, después de la Primera Guerra Mundial, cuando el vuelco al proteccionismo terminó llevando a la Gran Depresión, al auge del nazismo y, eventualmente a la Segunda Guerra Mundial.

Aunque aquello no es del todo descartable, ya hay potentes señales de que las cosas no van en esa dirección. El éxito de la reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) de noviembre

en Doha, Qatar, llevada a cabo en pleno corazón del mundo árabe durante el transcurso de la guerra en Afganistán; la aprobación de la Trade Promotion Authority (TPA) en la Cámara de Representantes en diciembre, a efectos de despejar el camino para la firma de tratados de libre comercio entre los Estados Unidos y otros países (entre los que se encuentran Chile y Singapur), y, en general, el renovado compromiso demostrado por los países con las mayores economías del mundo con la liberalización del comercio —algo que se vio reflejado en la Cumbre de APEC en Shanghai—, apuntan más bien a un esfuerzo concertado por no permitir que el funcionamiento de la economía mundial sea la víctima más significativa del 11 de septiembre.

La dinámica avasalladora y muchas veces excluyente de la globalización ha dejado muchos heridos en el camino. Y es cierto que la noción de que el avance arrollador de los mercados se haría cargo de los problemas del mundo se ha hecho insostenible. El renacer del Estado (como agente para reactivar la economía, proveer seguridad y enfrentar las nuevas amenazas de esta era global) ha sido de los resultados de los trágicos atentados en Nueva York y Washington.

**La idea de que el avance arrollador
de los mercados se haría cargo
de los problemas del mundo
se ha hecho insostenible.**

Uno de los resultados de los atentados ha sido el renacer del Estado como agente reactivador de la economía.

Otra conclusión obvia es que el “choqueo” no basta como instrumento distributivo a nivel mundial. La ínfima proporción que los países industrializados destinan a la cooperación internacional (en la mayoría de los casos apenas un 0.2% del PIB, muy lejos del 0.7% al cual se comprometieron en la Cumbre Social en Copenhague en 1995) clama por ser revisada. Esto es especialmente urgente para África y para enfrentar plagas como el SIDA, así como la hambruna que afecta a vastos sectores de ese continente.

Dicho esto, poca duda cabe que, a la larga, no hay alternativa a la expansión del comercio para promover la prosperidad global. Para ello, los países del Norte, que son los principales beneficiarios del sistema internacional actual, deberían continuar reduciendo sus aranceles y otros obstáculos al comercio, así como sus baterías de medidas “antidumping”, para seguir abriendo sus mercados a los productos y servicios del Sur. Hasta ahora, todo indica que, pese a los embates recientes, la globalización, si bien con algunos ajustes, se mantendrá “contra viento y marea”.

En el plano estrictamente político, por otra parte, podríamos señalar que un primer cambio provocado por el 11 de sep-

tiembre es, según ha señalado Luis Maira, “una desvalorización de la noción de hegemonía internacional como una clave de la comprensión del sistema global”¹⁷. La necesidad de potenciar mecanismos de gobernabilidad global, como las Naciones Unidas, ha sido una conclusión obvia, lo que se ha manifestado en el pago de parte de las cuotas atrasadas de los Estados Unidos a esa organización. Y el que el terrorismo global no puede combatirse en forma unilateral, resulta aparente de la gran ofensiva diplomática iniciada por Washington en las semanas posteriores al 11 de septiembre para armar una gran coalición contra Al Qaeda y sus protectores.

Más que poner fin a la globalización, podríamos decir, entonces, que el 11 de septiembre ha venido a subrayar que ésta es una sola, que no se da sólo en el plano económico, sino también en el político y del conflicto armado, subrayando la emergencia de otros actores vitales en esta materia en adición a los tradicionales Estados naciones. Además, la enorme precariedad de la institucionalidad internacional para enfrentar estos nuevos desafíos, resalta la necesidad de una acción concertada y urgente para superar esas carencias y permitir a la humanidad evitar otros eventos como las tragedias de las Torres Gemelas y el Pentágono.

No hay alternativa a la expansión del comercio para promover la prosperidad global.

¹⁷ Luis Maira, *op.cit.* Ver Carlos Ominami y Jorge Heine “Terrorismo: apoyo internacional a Estados Unidos después del “otro once”, *El Mercurio* (Reportajes del Domingo), 7 de octubre de 2001.